

EL CASTELLANO



CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, deha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas
Número suelto.....	0,10 "
Idem atrasado.....	0,15 "

Pago adelantado.

Causas de la muerte de Cristo.

No tratamos de las causas últimas definidas y decretadas en los divinos consejos, según los cuales debía morir el Hijo de Dios hecho hombre, para salvar y redimir a sus hermanos los restantes hombres. Queremos hablar de las causas próximas, de los motivos humanos que produjeron aquella muerte, el mayor crimen de los siglos. ¿Cuáles fueron? ¿Es posible que hubiera alguna causa, algún motivo que impulsara a los judíos a quitar la vida a la Vida? ¿No tiene éste el carácter marcado de una enorme paradoja? Así parece a primera vista.

Pero una cosa es hablar de causa y otra muy distinta hablar de razón ó de causa racional. Sería horrenda blasfemia pensar que hubiera ó pudiera haber alguna razón para quitar la vida, después de haberle hecho sufrir tormentos indecibles, al hijo de Dios. No hubo, pues, razón, pero sí hubo causas para que las tinieblas no comprendieran la Luz, y trataran de apagarla, y creyaran haberla apagado quitando la vida al Hijo de la Virgen.

Apenas había aquél nacido, y ya le buscaron para prenderle, según lo testifica S. Mateo, no solamente Herodes sino otros con él, como deduce S. Jerónimo de la frase evangélica: «Han muerto los que buscaban la vida del Niño.» Y aquí pudiéramos hacer la reflexión que hacía Tertuliano a los gentiles: «Fijáos bien, les decía, que se necesitó la existencia de Nerón para que comenzara la persecución de los cristianos.» Así también se necesitó la existencia de un Herodes, matador de sus mujeres y de sus hijos, para que comenzara la persecución a muerte contra la inocencia encarnada. De este Herodes dijo con gracia su amigo Augusto «que era mejor ser puerco suyo, que hijo», aludiendo a la ley judía que prohibe comer carne de cerdo, y por eso no los matan, como hizo Herodes con sus hijos.

¿Y por qué Herodes persiguió de muerte a Jesús? Una pasión humana fué la causa de aquella enorme carnicería de niños inocentes; la ambición por conservar el trono usurpado a los Asamoneos, esa fué la causa.

Comenzó Jesús su vida pública y pasó haciendo bien a todos sus conciudadanos, enseñándoles y curándoles todos sus padecimientos de alma y de cuerpo; y paralela con esta acción bienhechora del Hijo de María iba desarrollándose y creciendo la envidia del fariseísmo, el escribismo y el saduceísmo de los judíos, que no cesaban de ponerle asechanzas, para ver de poder cogerle en algún renuncio contra la ley, contra Dios y contra el César.

Le acusaban de violar la ley, porque curaba en sábado; y cuando les respondía que también ellos llevaban en sábado a sus pollinos al abrevadero, sin crearse violadores de la fiesta, ó les levantaban si caían, no sabían qué responder.

Le acusaban de blasfemo, porque se llamaba Hijo de Dios; y al probarles que lo era con el testimonio del mismo Dios, de las Escrituras y de sus obras maravillosas, cogían piedras para arrojárselas; respondiendo El con su acostumbrada mansedumbre: «Muchas buenas obras hice en obsequio vuestro, ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?» Con objeto de hacerle odioso al pueblo,

que se resistía a pagar el tributo a los romanos, preguntáronle si era lícito pagar el censo; y El, después de haber pedido un denario, que era la moneda impuesta a cada individuo, y de haberles preguntado de quién era el busto y la leyenda de aquella moneda, pronunció aquella sentencia divina equivalente a un tratado de derecho público: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.»

Viendo, pues, que todos le seguían y que ellos nada adelantaban con su oposición, arrojaron la careta y por la boca del Pontífice saduceo, esto es, materialista, dijeron: «Este hombre hace muchas maravillas.... y es necesario que muera», siendo tan público

y del cuerpo de los hijos de Adán; ella pasa por el mundo haciendo bien y curando todos los oprimidos por el diablo, ella puede tomar para sí lo que pone en boca de Jesús el Viernes Santo: «Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿o en qué te he contristado? respóndeme.»

¿No fué la Iglesia la que educó la Europa entera, y después de la Europa llevó la civilización a las demás partes del mundo? ¿No fué la Iglesia quien formó esa misma Europa civil haciéndola salir rozagante de entre las ruinas de la barbarie? Y con respecto a nosotros, los españoles, ¿no fué ella la que estorbó que lleváramos turbante en la cabeza y babuchas en los pies? Pues ¿por qué se la persigue? ¿De dónde viene ese odio salvaje

á crueles azotes destrozado, y sobre el duro suelo caído con la Cruz por tu pecado.

Por tu pecado, sí, que El inocente no hizo sino sembrar del bien las flores, tender su mano al misero indigente, vertiendo en sus dolores el más puro y mejor de los amores.

La turba miserable sin compasión le hiere: del divino Jesús la sangre quiere, y con odio impleable la libertad de Barrabás prefiere.

En su larga agonía, en su amarga pasión sufrido calla. ¿Y lloras tú, alma mía, y te quejas si en la áspera batalla de la vida el dolor su hiel te envía?

¿No sabes que Jesús es tu modelo, lirio precioso que entre espinas crece? ¿Que su espléndido Cielo violencia padece y sólo como premio te se ofrece?

Sufre, pues, resignada y hasta alegre, el dolor que regenera, pues lo quiere tu Bien, alma apenada; la Cruz es tu bandera, con ella ama el vivir, sin ella nada.

S. ORTEGA MONTEALEGRE



Entrada de Jesucristo en Jerusalén.

el odio con que le distinguían, que llegó á conocimiento del presidente romano, quien no se recataba de decir que le habían entregado por envidia, la más baja de las humanas pasiones.

Ahora bien, si en el madero verde hicieron ésto, ¿qué harán con el leño seco? Si al Maestro persiguieron de un modo tan inicuo, ¿por qué se extrañan los discípulos de que hagan con ellos otro tanto? ¿No nos previno con tiempo el Salvador cuando nos dijo: «Si á Mí me persiguieron, también os perseguirán á vosotros; si guardaron mi palabra, también conservarán la vuestra?»

Mas no por eso es menos odiosa la persecución que en todos tiempos, y más principalmente hoy, sufre la Iglesia santa; puesto que los mismos motivos que impulsaron á los judíos contra Jesús, impelen hoy á los perseguidores de la Iglesia contra esta esposa del Cordero, que continúa en la tierra la misión que El trajo del cielo, esto es, las pasiones humanas más ignobles.

Ella, como su divino fundador, enseña á los hombres la verdad y atiende cual madre cariñosa á todas las necesidades del espíritu

que se va difundiendo entre los españoles contra la Iglesia y cuanto con ella se relaciona, puesto que á ella, solamente á ella, debemos lo que somos y lo que valemos?

La Iglesia saldrá triunfante de la actual persecución, como salió de las anteriores, como salió Cristo resucitado del sepulcro; pero ¡ay de sus perseguidores! Y puesto que son hermanos nuestros, al mismo tiempo que resistimos su injustísima persecución, digamos al Padre con las palabras de su Hijo y nuestro Hermano mayor: «Padre, perdónales que no saben lo que hacen».

Ramiro F. VALBUENA.

La Cruz.

Por angosto sendero que trepa del Calvario hasta la cumbre sube el manso Cordero en medio de enemiga muchedumbre con la carga oprimido de un madero.

Alma mía, es tu Dios, el Rey del cielo, por tu bien encarnado,

Páginas del Evangelio.

Unus á dextris et unus á sinistris. (Matth.-XVII-35).

El Evangelio no es de ayer; es, como Dios, siempre antiguo y siempre nuevo: es, como JESUCRISTO, de ayer, de hoy y de todos los siglos: *Jesucristus heri et hodie, Ipse et in sæcula*: es como la palabra de Dios, que no envejece nunca; porque todo, hasta los cielos y la tierra, pasará, pero la palabra de Dios siempre vivirá con divinos alientos de eterna juventud.

Y acontece, en efecto, que el que se ha enfrascado en la lectura y meditación del Evangelio, sabe leerle después, no solamente en las páginas que los evangelistas escribieron, sino en las páginas elocuentísimas de la vida de la Iglesia, de los santos y de los pecadores, de los perseguidores y de los infieles. Todos los días y en todos los tiempos se retrata allí el Evangelio en millares de copias vivas, copias espléndidas, sublimes y trágicas; ó apacibles, dulces y risueñas. La mágica luz de todos estos cuadros que diariamente pueden contemplar nuestros ojos, es la misma luz que encendió el Espíritu Santo para siempre en las divinas páginas del Evangelio. Y á cuento de las infinitas armonías y consonancias evangélicas, pudiera decirse que el Evangelio es la letra de la palabra de Dios, pero que la historia de la Iglesia y de las almas es la música divina con que se canta dignamente aquella letra.

Y basta y sobra lo dicho para escribir el prólogo de las dos historias que se siguen; historias entresacadas de los centones y millones de historias que podrían contarse como comentario al texto con que estos apuntes se encabezan. Lo mismo podría hacerse (y la tarea sería siempre interminable) con todos los demás textos evangélicos.

I

El de la izquierda.

Cuéntase en la historia de las correrías apostólicas del gran Duque de Gandía, San Francisco de Borja, que habiendo entrado en una de las principales ciudades de España (la cual ciudad no menciona el Cardenal